

INFORMACION

La guerra de los mundos

JOAQUIN RABAGO

COMENTARIOS Indignados en diarios y revistas. Notas de protesta de las asociaciones de editores de periódicos. Amenazas de Washington de retirar su apoyo económico a la Unesco: 25 por 100 de la financiación total. Y la posibilidad, además, de que otros países decidan seguir el ejemplo norteamericano... La proyectada declaración de la Unesco sobre la prensa ha puesto en pie de guerra a Gobiernos y empresarios de la información del mundo occidental.

¿De qué habla el polémico borrador que está siendo discutido estos días en la XX Conferencia de la Organización, que se celebra en París? De deberes, en primer lugar. Es misión de la prensa, se dice en la proyectada declaración, combatir "la propaganda bélica, el racismo y el apartheid" y fomentar, por el contrario, el respeto hacia "los derechos y la dignidad de las naciones, los pueblos y los individuos".

La manzana de la discordia no está, sin embargo, en semejante atribución de funciones. El problema —y el principal motivo de escándalo— viene cuando se pretende, en ese mismo borrador, responsabilizar a los Gobiernos del cumplimiento de los citados fines por los medios de comunicación, a los que se supone bajo su autoridad.

Un ultraje a la libertad de prensa, protestan los editores. Un ataque a los principios liberales de Occidente, se quejan los políticos. Y añaden: una injerencia intolerable para quienes creemos en el principio consagrado por el artículo 19 de la propia Declaración de Derechos Humanos de la ONU. E inmediatamente se acusa a la URSS de estar detrás de los países tercermundistas, que son los máximos impulsores de la propuesta. Propuesta que, se afirma en los editoriales, deriva de la concepción totalitaria propia de la prensa del Este.

Neocolonialismo informativo

A pesar del revuelo provocado por el actual debate en el seno de la Unesco, el asunto no es, ni mucho menos, nuevo. Como no lo es la inquietud que está en la raíz de la propuesta tercermundista. Y que podría resumirse así: los países subdesarrollados se sienten vícti-

mas de un nuevo tipo de colonialismo: el informativo. Se quejan de que la libre circulación de informaciones, reivindicada como un derecho por Occidente, sólo beneficia a ciertos monopolios, que gracias a su indiscutible capacidad económica controlan hoy el mercado de noticias.

Si se exceptúa la soviética Tass, cuatro grandes agencias informativas mundiales —dos de ellas, AP y UPI, norteamericanas; una británica: Reuter, y otra, France-Press, francesa— se reparten ese mercado según zonas de influencia, que suelen coincidir con las de dominio político o económico de sus respectivos países.

Esas agencias, que tienen contratos bien con periódicos y emisoras, bien con agencias nacionales, donde éstas existen, no se limitan a enviar al Tercer Mundo noticias procedentes de los países desarrollados y viceversa, sino que, a través de una serie de servicios regionales, suministran a los africanos informes de la propia África, a los asiáticos, de Asia, y a los latinoamericanos, naturalmente, de Latinoamérica.

En su diario funcionamiento, las agencias occidentales seleccionan y filtran la información desde una perspectiva etnocéntrica y según unos intereses comerciales y políticos que chocan con las necesidades y aspiraciones de los pueblos a los que va destinada.

"Sólo hablan de nuestros países cuando se produce algún terremoto, estalla una guerra tribal o asesinan a un puñado de blancos", se quejan los portavoces tercermundistas. "El que un país conquiste su independencia apenas si merece unas breves líneas de teletipo. Para nada se habla de nuestros logros en la lucha contra el analfabetismo o de nuestro progreso sanitario o social. Y cuando nos sentamos a negociar en la misma mesa con los países desarrollados, las agencias prestan diez veces más atención a los puntos de vista de esos países que a nuestras posiciones".

Este colonialismo informativo se reproduce e incluso se agudiza en el campo de las comunicaciones por satélite, en el cual los Estados Unidos mantienen, desde la creación de la Comsat y la posterior fundación del consorcio Intelsat para su explotación, un cuasi monopolio, que tratan de romper ho-

ra los países europeos, y sin que el Tercer Mundo haya hecho todavía escuchar su voz.

Las serles de televisión y la publicidad "made in USA" provocan una falsa homogeneización cultural, impiden a esos países conservar su identidad cultural y nacional, y fomentan un consumismo aberrante en áreas donde el choque continuo entre las expectativas así alimentadas y la miserable realidad del entorno sólo puede engendrar una frustración colectiva.

Varios han sido en los últimos años los esfuerzos de los países tercermundistas por salir de esa situación de dependencia. Intentos de crear una Unión de Agencias Africanas de Noticias y una Agencia Regional de Noticias para Asia. Constitución por el bloque neutralista, en Belgrado, de un "pool" informativo que se canaliza a través de la agencia yugoslava "Tanjug". Con todo, y a pesar de la aparición de otras agencias nacionales e internacionales, el 72 por 100 de la oferta informativa mundial sigue procediendo de las "cuatro grandes".

Lo que está, pues, en juego y lo que se discute estos días en la Unesco es, por un lado, el actual orden informativo mundial —basado en la libre circulación de informaciones—, y por otro, la concepción misma del papel que corresponde a la prensa, y que, según los portavoces tercermundistas, no coincide con el que se le atribuye en Occidente.

Uno de los grandes líderes atri-

¿Cómo nos sentaría el que fuese una agencia nigeriana la encargada de interpretar y filtrar diariamente nuestra realidad nacional?

canos, Nkrumah, de Ghana, declaró en cierta ocasión ante la Unión Pan-africana de Periodistas: "Nuestros periódicos deben llegar a las masas de nuestro pueblo para explicarle el significado o el fin de la lucha contra el colonialismo, el imperialismo y el neocolonialismo". En esta y otras afirmaciones similares de dirigentes tercermundistas subyace una concepción de la prensa como instrumento de persuasión y propaganda. Los "mass media" deben contribuir con los Gobiernos a la creación de una conciencia nacional, muchas veces inexistente en esos países desgarrados por las rivalidades tribales.

Naturalmente, el riesgo es obvio. Unos Gobiernos muchas veces tiránicos o arbitrarios —basta fijarse en el caso ugandés— pueden utilizar ese instrumento en beneficio propio y sofocar cualquier manifestación crítica frente al poder.

Todo eso es cierto. Sin embargo, para poder juzgar sobre la oportunidad del documento de la Unesco habría que meterse, por ejemplo, en la piel del pakistaní o del congoleño. ¿Cómo nos sentaría el que fuese una agencia nigeriana, pongamos por caso, la encargada de interpretar y filtrar diariamente nuestra realidad nacional? ¿O la europea? El asunto, por desgracia, no es tan sencillo como tratan de presentárnoslo, demagógicamente, algunos editorialistas. ■

